

AGRADECIMIENTOS Y FAVORES

Villa de Alhucemas. 31 de mayo 1933

Reverenda Madre Superiora del Colegio de la Divina Infantita de esta villa:



Con el fin de que este relato verídico pueda ser divulgado y que sirva como homenaje a la Divina Infantita, a quien veneramos, lo avalo con mi firma.

Hace aproximadamente mes y medio que mi hijita, Paquita Petrus Leñera, cayó enferma del sarampión. Sanó, más, como consecuencia de un enfriamiento, se apoderó de ella una pulmonía doble. Estando en la convalecencia de esta enfermedad, una infección intestinal que acabó con la meningitis, llevó a mi amada hija a las puertas del sepulcro.

El día tres de los corrientes, mi hija, agotados todos los medios de que disponía la ciencia y ya en estado preagónico, puede decirse que poco a poco iba dejando el mundo de los vivos.

¿Qué hacer? ¿Cómo encontrar el remedio que la salvara?

Solo quedaba como recurso supremo elevar el espíritu en súplica al que todo lo puede. Súplica que, por salir de dos corazones amantes unidos ante Dios, forjados y fortalecidos por el dolor, dolor de padres que ven escapar de entre sus manos al ser querido, ofrendaban en ellos sus vidas por salvar la de su hija, confiando sería esta súplica escuchada por la que supo ser Madre a todos los dolores.

Y, en estos instantes de angustia, una joven, mi hermana, cuyo corazón sencillo es todo fe, sin decir a nadie donde va, sale presurosa de mi casa y va a caer de hinojos ante la venerada imagen de la Divina Infantita.

Después de una súplica fervorosa, pidió una estampa y una medalla. Llega a mi casa, nos aparta de la cama donde se iba apagando una vida y coloca en la almohada la estampa y la medalla en el pecho de la enfermita.

Poco después, un ataque más fuerte que los anteriores deja a mi amada muñeca exánime. Creímos todos que nos daba la última despedida. ¡Pero no! Al acabar el ataque, su voccecita preciosa que no habíamos oído hacía mucho tiempo, se dejó oír para decir:

—¡Mamá! ¡Mamá!

A partir de este instante, aquellos bracitos que permanecían temblorosos y agarrotados, aquellos ojos tan queridos que se iban apagando a la vida, volvieron a animarse.

La fiebre decreció y, ¡en fin!, parecía que detrás de aquel grito una nueva vida se había injertado en el cuerpo de mi hijita.

Gracias, Divina Infantita, gracias de corazón te dan unos padres que, viendo desaparecer al ser querido en las garras de la muerte, al solo conjuro de Tu nombre nos la devolviste a la vida.

Y gracias a ti, querida hermana, ya que tu fe en la Divina Infantita sirvió de puente por el cual cruzara nuestra Excelsa Infantita para llegar al lecho del dolor, y devolver vida a un ser y lenitivo al dolor de unos padres que veían derrumbarse el edificio de su amor y de su dicha.

Y en la súplica que hizo mi hermana a la Divina Infantita, le prometió ponerle el hábito de Ella a la niña, el cual se le puso luego.

Jaime PETRUS.